

joven literatura
de provincia

Alberto Huerta / Zacatecas

Uno

mudo. mudo para siempre después de haber soporado todos los dolores sin abrir el pico, sin moverme de esta cama que me ha estado acompañando durante todo ese tiempo. a propósito . . . , ¿cuánto hace de esto? no sé, no lo recuerdo, no recuerdo cuando caí, cuando no pude levantarme más. siempre llego a estas reflexiones, hurgando, volteándome al revés, volviéndome tripas, un montón de mierda. nada. solo, tumbado entre estas cobijas grises. ¿qué ha pasado? ¿en dónde quedó todo? los recuerdos se acercan sigilosos como . . . de nuevo la risa. la tos. todo llega revuelto, sin principio y sin fin, como una canción escuchada dentro de una caja de cristal. no hay un solo contacto. mis zapatos, una casa en ruinas, polvo. ¿por qué siempre el polvo? ¿qué me quieren decir con el polvo? ¡mierda!, nada en concreto, nada, huérfano. sí, creo que ellos me abandonaron o yo me perdí, o ambos nos extraviarnos, el caso es que no guardo ningún recuerdo, ni un rostro, ni una caricia de domingo, ni el periódico desdoblado en medio del sillón. nada. ni un bofetón en plena cara. ni tan siquiera eso. mariposas, eso, siempre estuve rodeado de mariposas. siempre volaban a mi alrededor mariposas. una mujer, ¿cómo se llamaba aquella mujer? siempre estaba a mi lado, siempre, ¿cómo se llamaba? ¿por qué olvido todo? a veces pienso que me estoy borrando, en todo caso, diluido como una paleta de limón olvidada en medio de un plato sobre la mesa. ¿por qué me duelen tanto los brazos? ¿por qué los dolores de estómago, los vómitos, el retortijón? se abre la puerta y aparece la enfermera sonriente, sin decirme nada, como de costumbre me toma la mano, mira su reloj de pulsera, sonrío. del velador toma una jarra con agua y vierte un poco en un vaso. me ofrece la cápsula rosa y el agua, trago ambas cosas con indiferencia. “¡buenos días, que descanse!” se despide cerrando la puerta sin ruido y ya no vendrá hasta el mediodía en que me ofrecerá una cápsula verde y otra rosa, y por la noche dos cápsulas rosas. esto sí lo recuerdo bien porque lo hago y lo repito tres veces al día, sin faltar uno solo. quisiera que al menos corrieran las cortinas, creo que me sentiría mucho mejor en la oscuridad. pero no, siempre las dejan abiertas en su totalidad, dejando pasar la luz solar que tanto me molesta a los ojos. algo que siempre recuerdo es que corría, que andaba de carreras por todas partes, de un lado para otro, de cualquier

manera, ¿qué importa? ¿qué significan los recuerdos? la luz del día me sigue molestando y nadie hace nada para remediarlo. cambio de posición para toparme con la pared lisa, totalmente blanca, limpia de cualquier manchita, pero que siempre es mejor que mirar el mismo paisaje a través del cristal de la ventana todos los días. claro, la pared siempre es la misma también, pero a veces me entretengo viendo pasar por sobre ella a las moscas, que a decir verdad son pocas. también guardo la esperanza de que cambie, de que algún día aparezca una manchita, algo nuevo. hay dentro de mí una calle que se trunca, que forma una pequeña plazoleta tranquila donde frecuentemente se citan parejas de enamorados. pero... ¿dónde? ¿en qué ciudad? es tan lejano el recuerdo. de lo que estoy seguro es que había pájaros negros. volaban, daban vueltas en el aire, desaparecían para luego aparecer sobre las baldosas grises de la plaza, rodeándome, envolviéndome. ¿de dónde salían tantos pájaros? ¿quién era yo? siempre lo mismo. la misma pregunta. ¿cómo llegué hasta aquí? a veces me viene a ver una monja que me pide que no pierda la calma, que todas las dudas serán disipadas, que tenga fe en dios. ¿dios? quiero ubicarlo dentro de mis recuerdos pero no le encuentro sitio. lo que sí recuerdo son las flores, pero aquí nunca las traen aunque las pida. los pájaros, las mariposas, aquella plazoleta, la mujer que me amó tranquilamente sin pedir nada, sin esperar nada. mi casa. es curioso, siempre la recuerdo en ruinas, quisiera leer un libro, pero no sé si pudiera hacerlo, creo que nunca lo he hecho. aquí me los tienen prohibidos. sólo puedo mirar la ventana, las cortinas café, el techo con su lámpara verde, las paredes limpias, el velador, la jarra de agua, el vaso, los medicamentos que me trae la enfermera, solamente eso, como un paisaje pintado, fijo, sin movimiento, quisiera ver de nuevo a los pájaros, las mariposas, la plazoleta, tal vez llegue a recordar algo, pero no, ni tan siquiera puedo sostenerme por mi propio pie. siempre horizontal. siempre. cuando paso mucho tiempo en la misma posición viene "sonrisas" —así llamo a la enfermera. y mueve manivelas de la cama y quedo sentado mirando a la pared de enfrente, que es idéntica a la de al lado. así permanezco unas cuantas horas, luego vuelvo a ser horizontal. vienen los calambres en las piernas y "sonrisas" me las fricciona con algo muy fresco. a veces me pregunto por qué debo quedarme con mis dudas, que alguien debe saber quién soy,

dónde quedaron mis padres, mi familia. todo. ha llegado la hora de dormir. creo que es por la cúpula rosa. siempre, después de tragarla, quedo dormido. muerto. me siento cansado. la pared de al lado se aleja, retrocede, me aflojo. afuera, detrás de estas paredes, deben volar muchas mariposas, ¿no es verdad?...

